



USTED ESTÁ AQUÍ. ELLOS TAMBIÉN.

Primera edición, julio de 2021

© De los relatos de sus respectivos autores, 2021

© De las introducciones a los relatos: Ferran Varela

© Ilustración de cubierta: Edu C. M.

© De la presente edición: Ediciones El Transbordador

(una marca de El Inventor de Mundos, S. C. - CIF: J93324580)

Corrección, maquetación y diseño: Ediciones El Transbordador

El logotipo de Ediciones El Transbordador es un diseño de Tomás Hijo

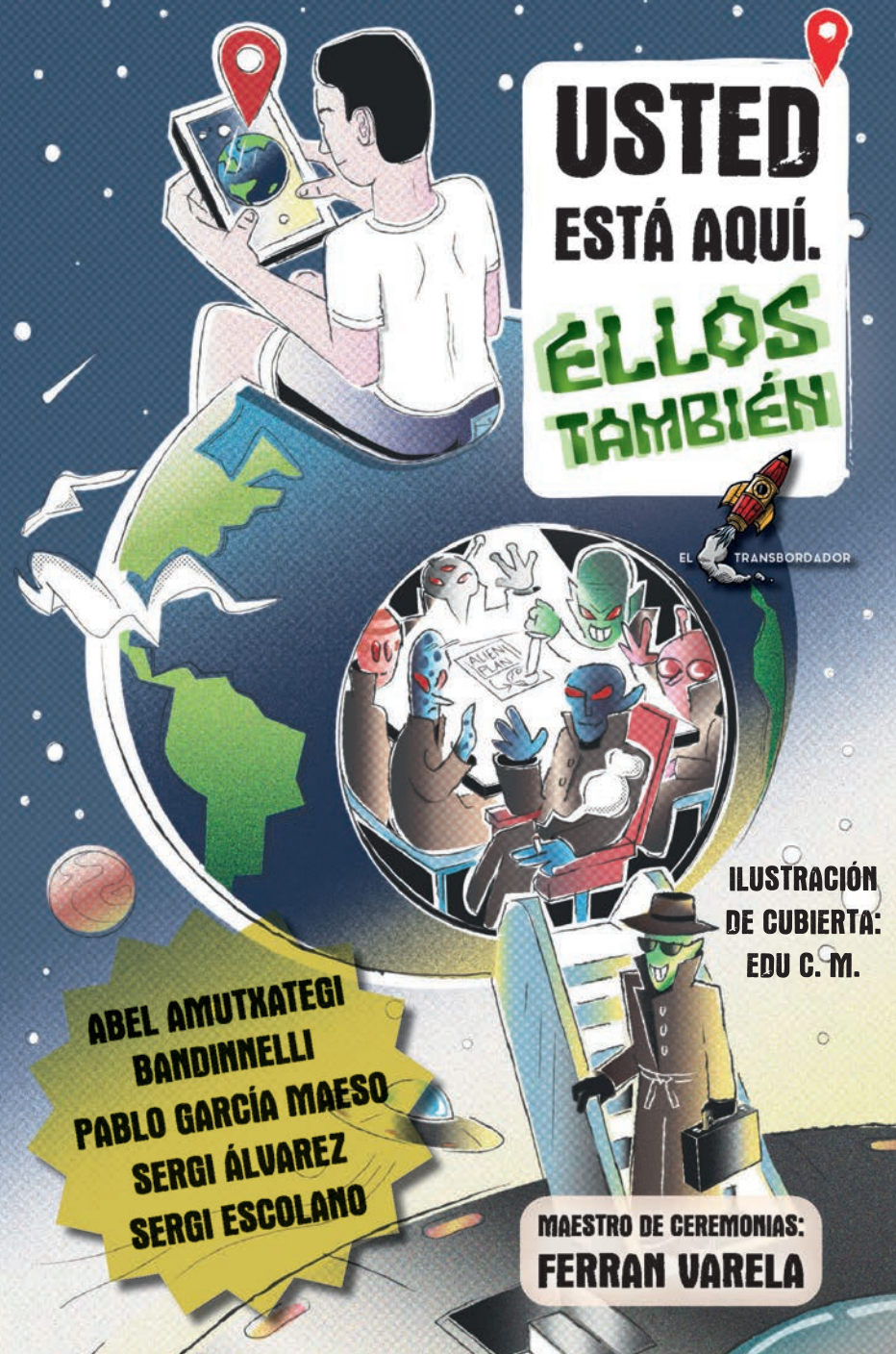
Depósito legal: MA 782-2021

ISBN: 978-84-123672-2-5

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright.

Impreso en España - *Printed in Spain*

www.edicioneseltransbordador.com



EL TRANSBORDADOR

ILUSTRACIÓN
DE CUBIERTA:
EDU C. M.

ABEL AMUTKATEGI
BANDINNELLI
PABLO GARCÍA MAESO
SERGI ÁLVAREZ
SERGI ESCOLANO

MAESTRO DE CEREMONIAS:
FERRAN VARELA

ÍNDICE

LA MUJER QUE FUE NIAU NIAU SERGI ÁLVAREZ	11
MISIÓN AMARTE ABEL AMUTKATEGI	65
CONTACTO CON TACTO BANDINNELLI	117
NO HAY NADA MÁS LINDO QUE LA FAMILIA UNIDA... EN EL ESPACIO PROFUNDO SERGI ESCOLANO	163
EL MARRÓN QUE VINO DEL CIELO PABLO GARCÍA MAESO	209

USTED ESTÁ AQUÍ.

ELLOS TAMBIÉN



RELATOS DE



PRESENTADOS POR
FERRAN VARELA

Se dice que el ser humano empezó a soñar cuando alzó la vista hacia las estrellas. Una imagen preciosa, evocadora, potente. Lástima que esta hipótesis haya sido desmentida por la ciencia. Un estudio reciente firmado por las más brillantes mentes de Viladomingos del Fondo a la Derecha ha determinado que el ser humano empezó a soñar en el preciso instante en que el primer australopithecus se percató de que la cueva del vecino era más grande que la suya, la habían decorado con mejor gusto y, para colmo, estaba orientada al sur, lo que le brindaba una agradable luz natural durante todo el día. En ese momento el australopithecus se imaginó poseyéndola, y el ansia de colmar sus deseos lo transformó en homo habilis de golpe y porrazo. En concreto, del golpe y porrazo que le arreó al vecino con una piedra atada a un palo. Y

después, en lugar de arrepentirse al verse las manos llenas de sangre, el muy cretino sacó pecho. Así nació el homo erectus.

De modo que, si bien las estrellas son la fuente de la que manó la filosofía y bebió nuestra mente, la avaricia es el combustible que le dio impulso a la evolución y nos impelió a arrearnos con palos cada vez más largos, y por eso siempre han avanzado a la par. Allá donde una formula una pregunta, la otra replicaba con una respuesta chovinista que justificaba las ansias de poder. ¿Qué somos? Los putos amos. ¿De dónde venimos? Del mejor país/región/ciudad/barrio/pandilla/píxel del mundo. ¿A dónde nos dirigimos? Adonde nos dé la real gana, y pobre del idiota que se interponga en nuestro camino.

La mujer que fue Niau Niau es una historia antibelicista, antirracista, anticapitalista, anti-especista, antimonio, anticuerpo y antílope que pone en duda la veracidad de estas afirmaciones. El relato se plantea si en un futuro remoto, cuando nuestros científicos desarrollen palos lo bastante largos como para sondear las profundidades del cosmos, seremos capaces de usarlos para algo más que para sacarle los ojos a un pobre infeliz desde muy muy lejos. Quizá cuando

la humanidad llegue a, pongamos, un planetoi-de perdido de la mano de Yisuskral en mitad del vacío interestelar, encuentre nuevas respuestas para estas viejas preguntas.

Sin embargo, la verdadera esencia de este cuento se esconde en una cuestión mucho más relevante que las señaladas más arriba. En concreto, en un concepto revolucionario que no pasará desapercibido a aquellos lectores versados en la ética kantiana y que, de adoptarse, cambiaría la vida tal y como la conocemos: conducir bañeras.



LA MUJER QUE FUE NIAU NIAU

SÉRGI ÁLVAREZ

Cinco amigos quieren escribir un libro juntos. Humor y alienígenas. Y aquí estamos. Dedico mi relato a los otros cuatro: Pablo, Esco, Bandi y Abel. Por las risas juntos.

Podemos asegurar que a la agente Chesterton le encantaba conducir su bañera.

Y no es una forma de hablar, conducía una bañera de verdad.

Cuatro ruedas y un volante. Batería solar y termostato automático.

El vehículo oficial de Krall compensaba su escasa velocidad con el maravilloso efecto relajante de las burbujas, las sales de baño y el agua caliente. Conducir una bañera era una forma estupenda para desplazarse por aquella colorida y caótica ciudad. Huelga decir que los krall eran conductores respetuosos y amables, poco predispuestos a discutir por preferencias o aparcamientos. A menos que el agua estuviera helada. Eso los volvía impacientes y agresivos.

A quién no.

Aparcó su bañera en la plaza que sus superiores le habían asignado ese día y conectó los filtros de limpieza del agua. Salió chorreando y abrió el pequeño maletero de su vehículo. Cubrió el bulboso cuerpo krall con su albornoz favorito y se calzó los pies palmeados con dos comodísimas zapatillas de toalla.

En cuanto entró al edificio secreto de la Compañía Wasp, desactivó el dispositivo de hidrogeno metamórfico. Sintió de repente que la piel le quedaba grande, como un traje demasiado holgado. Entonces el compuesto sintético comenzó a descomponerse al contacto con el aire y en unos segundos se había evaporado.

Recuperó su aspecto humano con un suspiro.

Poco después, vestida con traje y corbata, ya volvía a odiar su vida.

—Chesterton, te están esperando —le advirtió otro agente.

Como si no lo supiera.



Le llevó algún tiempo aceptar que no le gustaba la gente.

La gente era demasiado intensa. Demasiado estúpida. La gente tenía demasiados complejos y los compensaba intentando llamar la atención de los demás: «Mírame, escucha lo que tengo que decir, soy importante».

Y una mierda. La gente era suspicaz, maleducada, egoísta y temperamental.

Aportaba poca cosa y exigía más de la cuenta.

La gente se daba demasiada importancia.

No, no le gustaba la gente.

Por «gente» nos referimos a los seres humanos, por supuesto.

Un claro ejemplo: el supervisor Blackiss. Era un tipo bajito tras una mesa lujosa encajado en un sillón que le iba grande. Por más que intentara transmitir autoridad, parecía un niño conduciendo un camión. Un niño calvo y con sobrepeso en un traje gris de corte aburrido. Todo un líder.

—No pienso tolerar la insubordinación, Chesterton —dijo, excitado. Aquel hombre estaba siempre de mal humor—. Está aquí para cumplir con su deber, ya lo sabe. Los colonos debemos seguir el plan. Yo recibo directrices de mis superiores y usted las recibe de mí. Somos eslabones. Por eso se llama «cadena de mando». Si nuestros agentes se sintieran autorizados a

cuestionar las órdenes, ya no sería una cadena. Sería, qué sé yo... ¡Un cordón!

Aunque estaba acostumbrada a aquellos desvaríos, la agente Chesterton no pudo evitar alzar una ceja. Blackiss debió interpretarlo como un gesto de ánimo, porque siguió con el discurso.

—Con los cordones hacemos nudos corredizos, pero tiras de un extremo y el nudo se va a la mierda. Con una cadena eso no pasa, y por eso no usamos cadenas para atarnos los zapatos. Las cadenas sirven para proteger cosas valiosas, y los zapatos no valen nada ¿A quién le importan los zapatos?

Chesterton suspiró. Si no intervenía, su superior entraría en uno de sus bucles retóricos. Respondió de mala gana:

—Le importan a quien no tiene zapatos, señor.

—¡Exacto! Pero esto es la Compañía Wasp y todos usamos botas. Botas blancas anglosas y protestantes. ¡Y se cierran con velcro!

—Su rostro se había puesto carmesí—. ¡Así que usted respetará la cadena de mando y acatará las órdenes! ¿Estamos?

—Sí, señor, pero...

—¡No hay peros! ¿Pero qué?

Lo miró con resignación profesional.

—Que aún no me ha dicho cuáles son las órdenes, señor.

La boca de Blackiss se convirtió en una estrecha línea de desconcierto.

—Oh, eso.

Era por el agente Jueves.



Jueves. Excompañero en los marines. Expareja. Un hijo de puta.

Todo el mundo en la Compañía Wasp sabía que habían terminado mal cuando él empezó a salir con una chiquita de contabilidad. Una mujer que no le hacía sombra ni le llevaba la contraria. Una pobre tonta enamorada. Como lo había sido Chesterton.

Se conocieron durante las primeras refriegas de las guerras coloniales, en el sistema Vorgel II. Compañeros de pelotón. Se salvaron la vida mutuamente en una docena de ocasiones y para celebrarlo empezaron a follar como conejos. Jueves era una máquina de matar y fornicar. Un puto héroe de acción. Guapo, musculoso, atrevido y de discurso patriótico. Ella se había enamorado enseguida. Después de cinco

años de servicio los licenciaron y fueron destinados a Krall como «agentes de infiltración colonial». Resultó que ella tenía un talento natural para aquel trabajo, mientras que Jueves era un agente más bien descuidado. La falta de acción lo volvió aburrido, después hosco y por último abiertamente hostil y despectivo. Y, cuando ascendieron a Chesterton, él empezó a coleccionar amantes. Bonitas, ingenuas, mucho más jóvenes. La última, la de contabilidad.

Jueves la había convertido en una cínica misántropa. Y lo odiaba por ello.

Pero había desaparecido.

Blackiss le expuso la misión:

—Como ya sabrá, la compañía se toma muchas molestias para monitorizar el trabajo de sus agentes infiltrados. Nuestra presencia en el planeta Krall es alto secreto. Si los krall descubrieran que una fuerza alienígena humana vive camuflada entre ellos, la invasión se complicaría. Por no mencionar que pronto tendríamos aquí al resto de compañías coloniales: negros, marrones y amarillos. Esa chusma multirracial reclamaría este sector de la galaxia. Eso sería la guerra, y no nos interesa.

—Pensaba que las guerras eran un buen negocio para la compañía, señor.

—Lo son cuando no te salpican. Uno puede vender armas a todos los implicados y ganar una fortuna. Pero ¿sabe cuánto costaría transportar tropas y armamento para conquistar Krall por la fuerza?

—¿Cuánto costaría, señor?

—¡Una barbaridad! Son ciento diecisiete años luz desde la Tierra. Al precio que va el combustible, sale más a cuenta invadir de poquito en poco. Pero eso no sucederá si los krall han descubierto a Jueves ¿Lo entiende?

Lo entendía perfectamente.

—¡Ahora prepárese y cumpla las órdenes!

—Así será.

—¡No me replique, agente Chesterton!

Dejó el despacho de Blackiss. Al cerrar la puerta, este seguía farfullando incoherencias sobre cadenas de mando, cordones de zapatos, combustible e invasiones secretas.



La humanidad se negaba a extinguirse a pesar de haberse empleado a fondo en ello. La Tierra era un solar sobrexplotado, superpoblado, contaminado, envejecido y descolorido. Poco

quedaba ya del viejo planeta azul. Desde el espacio era más bien una esfera color vomitona.

No hubo más remedio que explorar la galaxia en busca de nuevos lugares que colonizar, sobrexplotar, superpoblar, contaminar, envejecer y decolorar. Y hasta en eso tuvieron suerte los humanos. La paradoja de Fermi se había resuelto: si ninguna civilización alienígena avanzada había visitado la Tierra era porque los terrícolas fueron los primeros en desarrollar el viaje espacial.

Las formas de vida inteligentes de los nuevos planetas habitables no pudieron resistir. Los sistemas cercanos fueron conquistados por la fuerza. Los más alejados, como Krall, estaban siendo dominados por colonización encubierta.

El plan era simple. Los humanos llegaban en naves camufladas y se mezclaban entre la población. Gracias a los dispositivos de nanobots de hidrogel metamórfico, replicaban sucedáneos de músculo, hueso, grasa y piel de cualquier raza estelar. Lo que fuera necesario. Era como llevar una especie de armadura de carne, un disfraz infalible. El fusil de plasma era el arma principal de los marines, en cambio los agentes de infiltración colonial usaban los trajes de hidrogel.

Asesinaban y suplantaban a gobernantes, empresarios y personajes influyentes. Después empezaban con la población. Introducían nuevos productos y tecnologías y volvían dependientes a los indígenas. Esta estrategia era económica y efectiva.

Chesterton había visitado Cheiw IV durante su instrucción básica. Allí pudo comprobar cómo la Wasp había convertido a los nativos en adictos al chicle. Los pobres chewies eran ahora esclavos. Trabajaban de sol a sol para costearse su ración diaria de goma de mascar sabor «fresa ácida» o «clorofila salvaje».

Los krall, en cambio, no apreciaban el chicle porque no tenían dientes para mascar, y eso complicaba un poco las cosas. La Wasp estaba probando con el tabaco y el whisky. Era cuestión de tiempo que terminaran enganchados. Y si no caían por vicio, lo harían por la fuerza de las matemáticas. Krall era un planetoide pequeño con una población estable de mil doscientas ochenta almas y un control estricto de la natalidad. Para autorizar un nacimiento, antes debía fallecer alguien. Así prevenían la superpoblación y dosificaban sus limitados recursos.